

Papel de la religión y de la Iglesia en la vida social y política

Es inusual encontrar hoy entre los políticos españoles, personas que opinen en público y por extenso sobre la presencia del cristianismo en la vida social y política de España. La revista Foc Nou, en el nº 348 de hace un año, preguntó sobre ello a los cinco cabezas de lista para las elecciones catalanas. Como se trata de opiniones de renovado interés, ofrecemos a nuestros lectores, traducidas del catalán y con mínimas adaptaciones al momento actual, las de los tres políticos que han alcanzado la posibilidad de ponerlas en práctica en el nuevo gobierno de la Generalitat.

I. Buscar complicidades con las bases de la Iglesia

Pasqual Maragall *

–Comencemos hablando del papel de la religión en la vida social y política.

Como en todo, en política me defino como laico, de modo que no pienso que la religión deba reinar en el mundo. Pienso que es un signo de progreso que no reine, sin que eso lleve más allá de lo que digo. Me refiero a que una cosa es la vida pública –la vida política, la vida que se hace con dinero público– y otra cosa es que las calles –que también son espacios públicos– no puedan ser escenario de manifestaciones religiosas. Se trata de cosas totalmente diferentes.

Más aún, me privarían de una parte de mi infancia si se suprimieran determinados acontecimientos religiosos públicos, desde el santoral hasta las fiestas o las celebraciones públicas de contenido religioso como son las procesiones.

–Lo que pasa es que de eso muchas veces se ha hecho un problema desde la política.

Creo que podemos decir hoy que no somos un país religioso. Ni Catalunya ni España lo son ni deberían ser oficialmente un país católico. Del mismo

** President de la Generalitat de Catalunya. Barcelona.*

modo que la religión católica no debe adoptar posturas políticas concretas. Pero eso no impide que se pueda decir que el cristianismo sea "nuestra" religión. La realidad lo demuestra, aparte de que es la religión mayoritaria. Y, yendo más lejos, en más del 90 por ciento del mundo del arte, la música, la pintura, la escultura, la arquitectura... veo ahí "mi" religión, pues formo parte de esa cultura. Y esto lo digo en la medida en que personalmente soy independiente de esta tradición religiosa.

–Esta importancia, ¿debe reconocerse especialmente?

Sí, pero no con derechos, sino con el respeto debido a cada cual.

–A pesar de nuestra tradición europea laica, a veces parece que se quiere volver a introducir en las leyes principios religiosos. Aquello de defender que en la escuela pública se ha de seguir el Ramadán para después poder celebrar la Cuaresma.

Sí, puede pasar. Por eso, aunque no acabo de encontrar dónde poner los límites, yo creo en el laicismo positivo. Es decir, creo que al mismo tiempo que la religión debe respetar la vida pública y su autonomía, todos hemos de respetar las expresiones públicas de la religión. Me parece que eso es posible en nuestro país. Lo que se ha de pedir a los recién llegados es el respeto a las tradiciones de aquí, a la laicidad de aquí y, en todo caso, a la no ostentación, a una nueva invasión del espacio público por su propia religión.

De no ser así, podemos encontrarlos con casos como el de Ripollet, donde una familia musulmana sacó a su hijo de una escuela concertada y lo llevó a la pública porque había un crucifijo en el aula. Quizá no lo tengamos

claro, pero si yo estuviera en Tánger y mis hijas fueran a una clase donde se hubiera de llevar el chador, puede que también yo las sacara. Y ante esto, muchos políticos no caen en la cuenta de lo que está pasando.

–¿Usted cree que puede haber en ello un peligro para la convivencia?

Lo que me preocupa es que hay barrios donde eso es un problema. No lo es en el barrio donde vivo yo ni, supongo, la mayoría de nosotros. Pero sí es un problema en el Raval o en barrios de Girona, de Vic, de Valls, de Salt. Y en algunos de estos barrios se corren estos riesgos. Es cierto que eso atañe a la religión, pero no tiene nada que ver con la religión. Tiene que ver con la rapidez y la intensidad del fenómeno migratorio. Uno puede ser respetuoso y permisivo y, al mismo tiempo, entender que si el ritmo de diversificación es excesivo, resulta muy difícil de asumir, con lo que la gente reaccionará mal.

La postura de la derecha siempre es reaccionar mal ante este fenómeno, en contra y en defensa de unos valores. En cambio, mi postura –y de la izquierda en su conjunto– es otra. Sí que se han de defender los valores, pero con la práctica de la vida cotidiana de la gente. Se ha de ser firme con los principios, pero también muy comprensivo con los ritmos.

–La falta de interlocutores con las comunidades de inmigrantes, ¿es un problema de la administración? Porque, por ejemplo, no tiene sentido que el imán sea el líder de una comunidad; es como si para hablar con un pueblo en lugar de acudir al alcalde se fuera al párroco...

Sí que nos encontramos con ese problema. Pero sí que hay interlocuto-

res; de aquí y que conviven con ese mundo y otros de fuera que ya hace tiempo llegaron. Lo que me da miedo es que les carguemos con una responsabilidad demasiado grande y que se tengan que multiplicar. Desde la administración se han de crear sistemas para ayudarles y hacerles participar en la sociedad democrática y civil.

La sociedad democrática se basa en la diversidad de líderes. También en el ámbito religioso. Otra cosa es que en la sociedad civil de países de religión musulmana estos líderes sean mayoritariamente religiosos. Son países que han acumulado muchos agravios, sociedades en las que pesa mucho el pasado y, por tanto, también la religión. Estos países tienen muchos problemas con la modernidad, pues tienden a pensar que hubo un momento en que todo les fue mal por culpa de la modernidad. Y en estas circunstancias, la clerecía y el sacerdocio tiene mucho peso.

Aquí hemos vivido situaciones parecidas, como el nacionalcatolicismo, pero quedó como un brote. No hemos fracasado con la modernidad y nos hemos sumergido en una civilización donde el sentido de la religión ha dejado de ser un problema. Ahora, por ejemplo, cuando las procesiones salen a la calle ya no tienen la significación política que tenían. Son tan sólo un hecho cultural y religioso.

—¿Qué aportaciones del cristianismo reconoce en su propia tradición política?

Personalmente, lo que más me ha influido han sido los católicos con quienes me encontré en los inicios de mi participación en la política. En la Universidad confluyeron diversas tradiciones de izquierda en las que había gente del mundo católico, como González Casa-

nova, Comín, Garriga... Allí nació el FOC (Front Obrer de Catalunya) con un componente de la izquierda clásica, que recibió el influjo del personalismo francés y de otros sectores católicos: un catolicismo avanzado y una izquierda fuerte. Todo ello, empalmado con la tradición socialista catalana, fue derivando hasta el actual PSC.

—Ahora, ¿se detecta de algún modo?

Hablaba de los años 70; después han pasado otras cosas. Pero, por ejemplo, Ciutadans pel Canvi también representa otra generación de sectores de tradición cristiana que se ha incorporado al movimiento socialista: Pilar Malla, Àlex Masllorens, Joan Surroca, Josep María Vallés... Es evidente que ya había cristianos socialistas en el PSC y que también los hay ahora, pero esta incorporación representa una renovación.

—Pascual Maragall, presidente de la Generalitat: ¿cómo afronta el diálogo institucional con las religiones?

Lo primero que he de decir es que mantengo muy buena relación con sectores de la Iglesia. No sólo con uno, puesto que en la Iglesia hay muchos y diversos. Me he formado en una política laica, pero al mismo tiempo en un ambiente religioso liberal, en la línea que representa la revista *El Ciervo*. Y también en el partido socialista somos muy variados, conocemos mucha gente y, como digo, más allá de su componente laico, también hay cristianos en el nacimiento del socialismo. Lo digo porque a nosotros nos posiciona muy bien para poder tener un diálogo muy franco con la Iglesia, con sus diversos sectores, y por extensión con las religiones.

Una muestra es lo que pudimos hacer durante los Juegos Olímpicos de

1992: el Centro Abraham. Fue fruto de un convenio entre el alcalde y el arzobispo para construir el centro que ofreció los servicios religiosos que exige la Carta Olímpica. Y aunque, como estaba previsto, el centro pasó después a ser una parroquia católica, creo modestamente que supuso el inicio de un posible diálogo interreligioso. Fue una experiencia muy buena. De hecho, tardamos menos en implicar todas las religiones en esta iniciativa que en derribar los muros que rodeaban el edificio del seminario de Barcelona, algo que se arrastraba desde la época del cardenal Jubany.

–Por tanto, el diálogo entre religiones es un tema que le preocupa...

De hecho, en mi última etapa como alcalde de Barcelona ya me tocó reflexionar sobre este tema, mientras imaginábamos cómo digerir los Juegos Olímpicos y al surgir la idea del Fòrum Universal de las Culturas.

El Fòrum 2004 nació, primero, por una opción funcional, como un modelo de acontecimiento ciudadano que transforme la ciudad. Es un modelo aplicable a todas las ciudades de Europa. Y mientras pensábamos en eso, tras la experiencia del Centro Abraham, una de las ideas que surgieron fue la de un fòrum de diálogo interreligioso. Lo que pasa es que nos dimos cuenta de que nosotros no podíamos hablar de religión, no éramos quienes lo habíamos de hacer; en cambio, lo que sí podíamos era hablar de culturas.

Esta tradición de diálogo es la que mantengo, un modelo desde la tradición socialista que represento. Creo que es mejor que lo que hacen algunas de las ideologías de la derecha o de centroderecha que sí tienen un

componente religioso, pero le quieren dar un tono muy funcional o ligado a su historia nacional.

–¿Quiere decir demasiado dependientes del Vaticano?

Sí. El imaginario colectivo nacionalista catalán no tiene tan arraigado este componente de diálogo. Las cosas se ven más en función de la eficacia. Por eso, el Vaticano se ve como un poder al que se debe acudir. Para el nacionalismo catalán de la segunda mitad del siglo XX, el Vaticano sigue siendo un poder. Un ejemplo es la preocupación que tuvieron por mi fotografía con el papa cuando fui a Roma a presentarle la maqueta del Centro Abraham. Hubo una campaña contra el nuncio diciendo que favorecía a Maragall. Eso era por febrero de 1991 y, al final, las imágenes del encuentro con el papa no salieron del Vaticano hasta después de las elecciones de mayo. Para mí, fue una anécdota divertida y nada más.

–¿Cómo valora el trabajo de la Secretaría de Relaciones con las Confesiones Religiosas?

Creo que lo que cabe hacer desde la Generalitat es un estímulo en el sentido de buscar una alianza entre el gobierno de lo que el señor Pujol diría "un pequeño país" y los intereses culturales y políticos de la religión. Por ejemplo, buscando complicidades con la gente de la base. En la actualidad es algo bien factible, al ser tan claro el posicionamiento del Vaticano en el conflicto de Irak. Hay que aprovechar la complicidad generada por este tema entre la jerarquía y la base de la Iglesia y que, en algunos aspectos, va más allá. De hecho, hemos visto jugar a la Iglesia un papel mucho mejor de lo que nos tenía acostumbrados, aunque no

es la primera vez que, ante la guerra, el papa se posiciona de esta manera.

–Detrás de la guerra en Irak, ¿le parece que hay un choque de civilizaciones?

Tal vez sí, pero se ha mitificado un poco. Quizá sea mejor hablar de choque de intereses o de conflictos entre pueblos. Afortunadamente hemos visto cómo el titular de la religión católica ha negado el choque de civilizaciones. Es el papa quien niega el uso que se hace de la religión, al decir que no se puede apelar a un bien supremo para hacer una guerra. De hecho el papa ha sido de los primeros en establecer el diálogo con el Islam, aunque también tenga el problema de que en la otra parte no hay un "papa" que pueda propiciar este diálogo. Así, se da una importante participación de sectores católicos en la movilización por la paz junto a la gente de buena voluntad. Es una reacción que hace pensar.

–Usted hablaba de complicidad con las bases, pero ¿no cree que está aumentando el distanciamiento entre la jerarquía y la base?

En los sectores católicos con que me relaciono sí que escucho en ocasiones quejas internas. También, respecto a la pérdida de la capacidad de iniciativa de la Iglesia y sobre los clérigos y capellanes que "pasan" de la tradicional complicidad con las bases. Pero eso es una cuestión interna de la Iglesia.

–Hablemos de los ámbitos concretos en que la Iglesia tiene una dimensión pública. Uno de los más importantes es la enseñanza. ¿Cree que las escuelas cristianas han tenido el reconocimiento necesario?

En el campo educativo hay tres ámbitos: el público, el privado y el pri-

vado con vocación pública, o sea, el privado concertado, donde hay escuelas religiosas y laicas. El problema es que hoy esos tres mundos van por separado. Y no puede ser así.

Últimamente hemos mantenido reuniones con estos tres sectores. Primero, con el mundo de la pública, luego con las escuelas privadas laicas sin ánimo de lucro y, finalmente, con las grandes escuelas religiosas. Y la verdad es que estas últimas tienen los mismos problemas de reconocimiento social, pero los tienen más solucionados.

Lo que pasa es que existe una especie de resentimiento de la pública a la privada y de la privada a la pública. La escuela pública tiene la sensación de que funciona mal porque el dinero con que debía contar va a parar a la escuela concertada; y la privada tiene la sensación de que es de mejor calidad que la pública. Ciertamente, la escuela pública debe contar con los recursos que necesita y, también, la concertada es un derecho constitucional. ¿Por qué, pues, esas suspicacias? Porque la mayoría de la privada concertada está en barrios donde no hay problemas sociales y, en cambio, la pública sí que está en ese tipo de barrios. Por tanto, la pública tiene la sensación de que carga con todos los problemas. Pero eso no pasa por ser pública o privada, sino porque la pública está en todos los lugares que corresponde mientras que la privada, mayoritariamente, está en barrios donde la pública no es necesaria por estar cubiertas las necesidades. Además, cuando hay escuelas públicas en barrios de bienestar alto, la pública también se degrada porque a ella van a parar quienes no pueden ir a la privada.

Ante todo eso, la única salida es que la escuela –pública y privada– dialogue.

Se necesita un acuerdo entre ellas para asegurar la calidad de enseñanza en todos los centros. El problema es que la tendencia natural del mercado es fragmentar y crear barrios degradados. Ésta ha de ser la mayor preocupación para todos, que sólo se solucionará mediante un acuerdo.

–¿Un acuerdo en el que también tiene cabida la escuela cristiana?

¡Claro! Son las que pueden mediar porque son privadas, pero viven más cerca de estos problemas. La mayoría de escuelas religiosas no son sociedades privadas mercantiles. Muchas están en esos barrios difíciles y pueden hacer mucho por el acuerdo. Lo que pasa es que, tradicionalmente, la mentalidad que ha dominado no ha sido justa con la realidad; no hubo diálogo y han surgido muchos prejuicios ideológicos. Mi tarea como presidente ha de ser favorecer una complicidad entre estos sectores, lo que no es fácil. Eso se puede hacer desde la izquierda, desde un progresismo avanzado. No es fácil, pero cabe entenderse, sí.

–Otro punto conflictivo en el tema educativo es la asignatura de religión. Es un problema centrado hasta ahora en la religión católica, pero que se amplía...

Vuelvo a lo que decía antes. Yo mismo no puedo negar que mi imaginario colectivo forma parte de mi historia personal. Y en las escuelas lo que no puede negarse a nadie es el derecho a analizar nuestro pasado, nuestro arte, nuestra música y de dónde viene todo ello. Porque procede de la Biblia, del cristianismo, del Mediterráneo y de otras religiones, como el Islam. Mejor nos iría si mirásemos así el mundo. Por ejemplo, poca gente sabe que en la his-

toria de Sansón, narrada en la Biblia, Sansón para destruir el templo derriba dos columnas y muere sepultado por ellas. Se puede decir que es el primer caso de suicidio terrorista de la historia, lo mismo que está pasando hoy día. La historia de las religiones se ha de enseñar para ayudar a comprender qué está pasando.

–¿Encuentra adecuado el sistema actual?

Bueno... hay que verlo como fruto de un pacto en un momento dado de la transición.

–Un tema muy importante para los movimientos cristianos es la lucha contra la pobreza. ¿Cómo enfoca esta prioridad desde su partido?

Creo que los gobiernos que no son de alcance local lo único que han de hacer en este tema es tomar medidas en la escolaridad, la sanidad, los servicios sociales... Pero con eso no se elimina la pobreza. La pobreza es más concreta, más universal, porque afecta comportamientos grupales de barrios donde se suman y acumulan las carencias. Se trata de problemas locales en los que tienen mucho que ver los ayuntamientos y agentes locales.

El problema de la pobreza es que se esconde. Cuando nosotros comenzamos a arreglar el barrio del Raval recuerdo que se nos acusó de hacer que en Barcelona hubiera más pobres que nunca. Pero era porque lo primero que hicimos fue eliminar las pensiones que, en aquel momento, eran literalmente "de mala muerte". Las fuimos cerrando con un seguimiento de los servicios sociales y parecía que yo era el demonio que multiplicaba la miseria, pues el número de pobres crecía. Y, sencillamente, lo que pasaba es que afloraban.

Aquí vuelvo a lo que decía al hablar de la inmigración. En Catalunya hay unos cuarenta barrios donde cabe actuar contra la miseria y el racismo y la Generalitat puede ayudar a que se haga.

–Esto no es tema muy electoral...

No, no; sí que es un tema totalmente electoral. Al menos para mí. Los partidos deben explicar de forma razonable cómo piensan solucionar los problemas que afectan a esta gente. No basta con decir que los negros son buenas personas o que vienen sin control o que los blancos son mejores, como dijo Convergència. Todo lo que suponga crear alarma en un tema complicado de por sí, o es malintencionado o una ingenuidad. Por eso trabajamos siguiendo la línea de actuar en cuarenta barrios, adaptando las intervenciones a cada realidad. No es lo mismo hacerlo en el barrio del Raval que a nivel de toda Catalunya; por eso habrá que ir viendo cómo lo concretamos hablando con todo el mundo: vecinos, imanes, los recién llegados...

–De hecho, muchas veces este fenómeno desborda las administraciones y exige continuamente nuevas intervenciones.

Sí. Son fenómenos que permanecen y son los que realmente cabe trabajar.

–¿No cree que en el discurso político esta preocupación queda con frecuencia en un segundo plano?

Es que la democracia también es un juego, una permanente lección de humildad en relación con los sentimientos. La democracia es una carta de confianza de las personas de un territorio para un tiempo de cuatro años. Y en este sistema lo que hay que hacer para ganar es ser fiel a los intereses de la gente. Por eso aparece una política a corto plazo, de niveles mínimos y mirando el reloj. Por ejemplo, cuando comenzó la fiebre por las ayudas, impulsamos la desgravación fiscal para alquileres en el tramo autonómico, con un límite de renta, pero como al final no nos pusimos de acuerdo la ayuda pasó a ser universal. También fuimos nosotros quienes comenzamos a hablar de las ayudas a las familias, proponiendo cincuenta euros. Pero por exigencias electorales, incluso cuando se hacen políticas sociales, hay una especie de subasta. A pesar de que por su calidad moral no sea un espectáculo edificante, las ayudas se dan.

II. El liderazgo de la Iglesia catalana no es bueno

Josep-Lluís Carod-Rovira *

–Para muchos, la cuestión religiosa es un hecho privado que no debería tener repercusión en la esfera pública. ¿Lo ve usted así?

He de empezar hablando de mi postura personal en este terreno. Soy una persona nacida en el seno de una familia de larga tradición católica; estudié todo el bachillerato en el seminario de Tarragona y, por tanto, me considero una persona vinculada al mundo de la cultura cristiana. Pero ya hace años que me considero agnóstico. Eso me da una visión que no es ni la de los militantes más confesionales, que pueden llegar a ser intransigentes, ni tampoco la del ateísmo que, a veces, también es intransigente.

Desde aquí es como contemplo la llegada de una población con prácticas religiosas que en Catalunya no son las mayoritarias. Este hecho permite poner sobre la mesa cuál es el papel que ha de tener la religión en una sociedad democrática y moderna. Sabemos que no hay una solución científica para todos los lugares y, por ejemplo, hay países como Gran Bretaña o Grecia donde hay religión oficial del Estado, algo para mí tan poco atractivo y sentido como si la religión oficial del Estado fuera el ateísmo. La religión afecta las convicciones personales; son convicciones que tienen derecho a exteriori-

zarse y socializarse, pero hemos de evitar que lo que son normas de tipo religioso se conviertan en normas de tipo legal para el conjunto de la ciudadanía.

–Ante este fenómeno, ¿cree resuelta la relación entre Iglesia católica y Estado?

En el caso de Catalunya la Generalitat tiene unos acuerdos con la Iglesia católica y también con el Consejo Evangélico de Catalunya, lo que me parece bien. Pero más allá de si los imanes han de saber catalán o no, también debería haber un acuerdo con la comunidad islámica y judía.

Hablar de la Iglesia católica es un poco complicado en la medida en que seguramente no hay una sola Iglesia católica. Había una Iglesia católica en clara connivencia con la dictadura franquista, pero también había otra. Por eso, yo mismo redacté una resolución, que el Parlamento aprobó, en la que se hacía un reconocimiento explícito de la aportación de la Iglesia católica al país, al sistema democrático y a la defensa de la identidad nacional. Y eso a pesar de mi condición de agnóstico y de estar al frente de un partido que tiene una vieja tradición laica y republicana, que no es lo mismo que anticlerical. Es evidente que desde muchos sectores de la Iglesia, generalmente de base, hubo una

* *Esquerra Republicana de Catalunya.*

cobertura cómplice y positiva del movimiento democrático y de resistencia antifranquista y algunos destacados capellanes tuvieron el acierto de convertirse en referentes civiles más allá del ámbito creyente, como mosén Ramón Muntanyols, el canónigo Marià en Tortosa o el cardenal Vidal i Barraquer.

–¿Cree que ahora existe el peligro de que los sectores más conservadores de la Iglesia vuelvan a entusiasmarse?

Me resulta difícil opinar, porque lo miro desde fuera, pero creo que sería un error. De ese modo será difícil que se haga atractiva la religión a la gente para la que ya no es un referente. Todos nos movemos en un espacio de duda permanente, de saber que las cosas son así pero podrían ser de otra manera. Y lo cierto es que se percibe una imagen "carca", integrista, del pasado, cerrada... cuando estamos en tiempos de apertura, de flexibilidad y no de rigideces o ideas preconcebidas. Se percibe que algo está pasando en la Iglesia del país, sobretodo por arriba, y esas cosas no acaban de gustarme como ciudadano de este país. Un ejemplo fue la Convención de Cristianos por Europa, en diciembre del 2002. No fue una buena idea que el Palau de la Generalitat sirviera como lugar donde algunos sectores de la Iglesia católica expresaran su opinión sobre cómo ha de ser la Europa del futuro. Y no eran los sectores con una visión más abierta, conciliadora, dialogante, progresista dentro de lo que es el movimiento católico. Fue lamentable que el gobierno de la Generalitat se alineara clarísimamente con una determinada concepción de Iglesia sin que se diera la palabra a otros sectores que, seguro, lo ven desde otra perspectiva.

–Existe el peligro de que los integristas que vienen de fuera acaben potenciando el de aquí. ¿Cómo se puede articular eso desde la política?

Yo creo que debe haber un terreno de juego común. Deberíamos ser capaces de hacer un pacto por la laicidad, encontrar un espacio donde todos nos sintiéramos cómodos, donde todas las religiones son respetadas y no se prioriza una religión en concreto. Las normas religiosas no pueden ir más allá de los círculos personales y familiares y debe haber una legislación civil con la que todo el mundo esté de acuerdo.

Puede darse el caso de que los sectores más integristas de algunas religiones al final acaben por apoyarse mutuamente en beneficio del propio integrismo. Por ejemplo, habría que ver hasta qué punto la autoridad civil catalana se equivoca o no admitiendo como interlocutores la autoridad religiosa de la gente que viene de fuera. Yo soy de Cambrils, pero quien me representa a mí no es el cura del pueblo, que seguro que es una gran persona; quien representa a mi ciudad es el alcalde. Y a veces olvidamos que esas autoridades religiosas tienen al mismo tiempo una función religiosa, civil, política, jurídica... Se debería encontrar interlocutores que no fueran la autoridad religiosa para conectar con otra clase de islam, no integrista y con voluntad y conciencia democrática; seguro que existe. En este sentido, hay experiencias interesantes en Francia y Bélgica.

–Usted ha citado antes la tradición laicista de su partido. ¿Qué importancia tiene cuando se plantean estos temas?

Es cierto que en el universo simbólico tradicional Izquierda Republicana

representa la imagen –que ahora ya no tiene sentido– de un partido que en 1931 ganó las elecciones aportando como uno de los elementos de cambio el intento de superar el peso excesivo que tenía la Iglesia en la vida del país. Pero creo que aquel anticlericalismo de las izquierdas de entonces ha de dar paso a una actitud más laica y laicista, que es el terreno donde estoy convencido de que todos podemos encontrar comodidad y confianza mutua.

–Por ejemplo, ERC presentó al Parlamento una resolución pidiendo que se eliminara la asignatura de religión confesional del ámbito escolar, aunque reconociendo la importancia del conocimiento de la cultura religiosa.

Nosotros preferimos que el aspecto confesional se trate en los centros de culto o en el ámbito familiar. Todo es discutible y negociable, pero entendemos que una opción religiosa, con una asignatura confesional, no es exactamente una actividad académica. Lo que sí puede ser académico es el conocimiento de la cultura religiosa. Lo que también tengo claro es que si tuviésemos capacidad de decisión no concretaríamos nada sin hablar antes con los representantes de las comunidades religiosas que hay en Catalunya para ver de qué manera es posible encontrar una solución efectiva para todo el mundo. Lo más importante es distinguir entre lo que es la enseñanza de las religiones –el adoctrinamiento o catequesis– y lo que es propiamente la cultura religiosa. Por ejemplo, quien tiene cultura religiosa es capaz de ver cómo la cultura catalana, al igual que todas las europeas, está marcada por el cristianismo. No conocer eso es también un déficit y una pérdida de cultura y de identidad.

–Esta presencia del cristianismo, ¿cree que debería tener un reconocimiento explícito en la Constitución Europea?

Es evidente que el cristianismo ha tenido un papel importante en la identidad de Europa, lo que probablemente nos hace diferentes de otros continentes. Pero lo que deberíamos procurar es que el reconocimiento del peso e influencia del cristianismo como elemento constitutivo de Europa no tenga consecuencias normativas sobre el grueso de la población.

–Desde el Gobierno de la Generalitat, ¿qué tipo de relación querría tener con las religiones presentes en Catalunya?

De entrada, hacer lo que ya hizo Izquierda Republicana cuando gobernó Catalunya en los años 30. De inmediato dispuso una entidad administrativa institucional dedicada a las relaciones con las diferentes comunidades religiosas. Fundamentalmente, se intentaba la mejor relación posible con la Iglesia católica, pero también fue el momento en que el movimiento evangélico consiguió un reconocimiento más importante y un espacio para respirar en Catalunya. La función básica de una Secretaría de Relaciones con las Confesiones Religiosas es hablar con los máximos responsables de las principales confesiones que hay en Catalunya y ver si entre todos somos capaces de un pacto por la laicidad. Hemos de ver si todos tenemos la madurez civil suficiente para reconocer el peso de la religión y al mismo tiempo diseñar un terreno de juego común donde nadie se sienta excluido pero, también, donde nadie tenga el monopolio de nada.

–Otro problema en Catalunya es el entramado de instituciones de

titularidad católica en ámbitos como la enseñanza o la sanidad y que, a pesar de los servicios que prestan, gozan de un estatuto jurídico precario...

Es que Catalunya es un país que ha tenido que espabilarse sin Estado; la misma sociedad, desde instituciones laicas y religiosas, ha tenido que intervenir en áreas que correspondían a la acción de los poderes públicos estatales. Aquí las entidades religiosas han desempeñado una función de suplencia no sólo limitada a sus fieles. Lo que pasa es que hay situaciones muy diferentes. Por ejemplo: es cierto que en el terreno de la cooperación exterior las organizaciones que se han revelado como más eficaces y seguras son las de carácter confesional. Pero al mismo tiempo habría que poner un poco de orden en las ayudas a las escuelas concertadas aclarando situaciones de cierta debilidad jurídica y ambigüedad. Hay escuelas vinculadas a instituciones religiosas que cumplen una función social clarísima e insustituible en algunos lugares. En estas escuelas religiosas el concierto no sólo está justificado sino que, probablemente, se debería mejorar; pero, en otros casos, hay escuelas a las que no corresponde enviar dinero público.

-Una de las cosas de las que se ha acusado en los últimos años a la Iglesia catalana es la falta de catalanidad y liderazgo. Si es así, ¿le preocupa a su partido?

Pere Quart decía que para un país peor que no tener tradición teatral es tener una mala tradición teatral. Por eso creo que Catalunya tiene un problema. Hoy no hay liderazgo en la Iglesia catalana y el que se supone que hay, no es bastante bueno. Durante un tiempo lo habían hecho determinados obispos o el

abad de Montserrat. Ahora la sensación es de debilidad. Con la preocupación añadida de que las figuras que tienen mayor peso específico en la Iglesia católica catalana no siguen la tradición de conexión con el país.

-¿Cree que eso se notó especialmente en la reacción al documento de los obispos españoles sobre el terrorismo?

Lo que se ha notado es que en la sociedad catalana la reacción fue positiva, forzando a los obispos a hacer un gesto de distanciamiento. Pero en la práctica, no acaba de saberse bien qué votó un obispo, qué votó otro o si se ausentó por no sufrir incomodo, cosa que pensaba sólo pasaba en los parlamentos. Falta de liderazgo significa que no encontramos obispos de Catalunya que, con nombres y apellidos, se hayan enfrentado abiertamente y discrepado de manera clara, meridiana y diáfana de ese documento político y nacionalista-español de la Conferencia Episcopal. Pero tampoco se trata de exigir a los obispos que hagan lo que los políticos no hacen, como tampoco podemos pedir a los cantantes y a los escritores que se mantengan en sus principios cuando los empresarios no rotulan en catalán.

Seguramente hay algunos obispos que mantienen esta complicidad con la gente pero, de algún modo, creyentes y no creyentes vemos que alguien debe tomar la antorcha. Mientras aquí estamos siempre con la ambigüedad de si los obispos nada más tienen que hacer de obispos, los obispos españoles, a veces, hacen más de español que de obispo.

-También había en Catalunya una tradición muy arraigada de participación de los católicos en la vida

pública y en la política. Eso ha ido disminuyendo, como en otros sectores. ¿Cree que se está haciendo algo para que la gente se incorpore a la política?

Lo que no tenemos hoy es aquella sensación de un pueblo en movimiento que siente forma parte de una misma colectividad que avanza hacia unos objetivos. La gente se ha alejado de la política, pero hay algo peor: la política se ha ido alejando de la gente. Y entonces acaba pasando que pagamos justos por pecadores. Personalmente, lo que más me duele desde que entré en la política por convicción es escuchar que todos los políticos son iguales o que todos los partidos quieren lo mismo. Yo no quiero lo mismo que quieren otros.

Resulta difícil participar en la vida de los partidos y la política no resulta atractiva para quienes no viven de la política. Sería enormemente positivo que se incorporaran a la política personas procedentes de otros mundos: del mundo profesional, del mundo asociativo, del mundo de defensa del territorio. El problema es que en Catalunya hay muchos que tienen la sensación de que entre las administraciones públicas y algunas empresas privadas hay relaciones poco transparentes. Habría que encontrar la manera de que, además de votar cada cuatro años, se pudiera exigir responsabilidad a los cargos electos.

–A veces no se entiende de qué hablan los políticos..

Sí; el vacío, la falta de imaginación, el argot y la cerrazón del discurso político es un fenómeno preocupante. Yo soy de aquellos a quienes los debates políticos interesan poco. Hemos entrado

en una dinámica que ha acabado por convertir el discurso político en algo inaccesible, sólo para iniciados. El lenguaje político ni siempre ha de ser trascendente, ni aburrido, ni triste... Debe tener color, alegría, sentido del humor, capacidad de diálogo, flexibilidad... Y, sobre todo, debe haber en él algo que nunca se da: la mirada larga. No puede ser que todo el futuro de Catalunya dependa de lo que pase en unas elecciones. Cuando haya elecciones pasará lo que tenga que pasar, pero a mí me interesa saber qué pasará en Catalunya de aquí quince o veinticinco años.

–¿Cree que en el mundo político hay a veces un conformismo que subraya lo bien que se vive en el país, olvidando que hay muchas bolsas de pobreza?

No podemos presentarnos como un país de bienestar con tantísima gente como tenemos en los lindes de la pobreza. Esta gente es real y habría que hacer un plan de choque contra los elementos que provocan esa situación. Habría que hacer cosas, como las que se hacen en los países nórdicos donde más del diez por ciento de la población activa se ocupa en la asistencia social. La gente sabe que paga unos impuestos que se destinan a asegurar el bienestar de la gente. Lo que ha pasado en Catalunya es que no sólo han faltado los recursos sino también un proyecto común entre gobierno, empresas y tejido asociativo. Se supone que también en Catalunya deberemos ser pioneros y crear un espacio social catalán, con medidas sociales y económicas diferentes para una realidad social y económica diferente.

III. La jerarquía ha retrocedido a posturas conservadoras

Joan Saura *

-Es evidente que la religión es un hecho privado, pero también tiene una dimensión pública. ¿Cómo afronta esta realidad desde la formación política de que forma parte?

Está claro que la religión tiene una dimensión privada. Pero, como mínimo, tiene dos elementos de repercusión pública. Primero, porque las religiones no dejan de ser orientadoras de valores para quienes creen en esa religión; sólo por eso ya tiene una incidencia social. Y segundo, porque en Catalunya –y lo digo yo, que no soy creyente– la aportación de compromiso social y nacional de los sectores progresistas del cristianismo ha sido importantísima. Es cierto que hoy es diferente, pero en el campo del compromiso social los sectores cristianos continúan jugando un papel importante y muy positivo.

-¿Ve el peligro de que, hoy, ciertos sectores cristianos intenten recuperar el espacio que la Iglesia perdió durante la transición?

Sí, eso es así. Desde el punto de vista del laicismo puede haber un retroceso en los sectores conservadores. No soy un experto en eso, pero creo que en Catalunya la jerarquía de la Iglesia ha

retrocedido a posturas más conservadoras. Es más de derechas y, podríamos decir, menos catalana. Durante la transición la jerarquía de la Iglesia catalana jugó un papel importantísimo. Ahora ha habido una pérdida de autonomía y de capacidad de conexión de la Iglesia catalana con la propia realidad de Catalunya. Ya no es una punta de lanza.

-En ese marco es donde se introduce hoy día la pluralidad religiosa.

Creo que donde hemos avanzado mucho en Catalunya es en el diálogo entre religiones. Por ejemplo, que en el "Día contra el Sida" se haga una celebración conjunta de todas las religiones, me parece muy importante. Lo que aún está pendiente es que desde las instituciones se tomen medidas de no discriminación de las diferentes manifestaciones religiosas, como en la problemática de las mezquitas o algunas de las manifestaciones de las religiones por las calles. En general, una manifestación cristiana en la calle no es objeto de ninguna suspicacia, pero manifestaciones semejantes de otras religiones son objeto de inquietud. Pero en todos estos casos lo más importante es que los ayuntamientos actúen como instituciones laicas, que representan a

* *Iniciativa per Catalunya-Verds-Esquerra Alternativa.*

todo el mundo, y que lo hagan con cuidado. Pero yo no estoy preocupado.

–¿Ni siquiera por conflictos que se puedan generar con la presencia de diversas religiones?

No. Creo que los conflictos que aparecen o se señalan como conflictos religiosos tienen en realidad otro origen. El tema religioso puede ser la gota que derrama el vaso, pero cuando hurgas un poco y hablas, los problemas son si los emigrantes ocupan una plaza pública o si determinadas ayudas se dan a los emigrantes, mientras que, en cambio, una fiesta cristiana que arme mucho ruido no crea conflicto. Pienso que el problema de fondo es una sociedad que ha de poder dar a los emigrantes los derechos que merecen sin que tal cosa pueda ser vista por la población autóctona como una pérdida de algo. El racismo nace de aquí. La religión sólo es la expresión de la diversidad de mundos y culturas.

–¿Qué debe hacer la administración?

La administración debe hacer dos cosas. Una, a nivel de política social, que es básica. Y, otra, lanzar un mensaje de tolerancia y diálogo, de creación de espacios de encuentro. La administración ha de ser el agente que lo promueva y facilite, que haga una tarea pedagógica. Ha de garantizar determinados derechos universales; lo que pasa es que en un estado de bienestar reducido, la incorporación de personas inmigradas compite con las personas de extracción social más baja. Por tanto, en los sectores sociales menos favorecidos, hay una competencia entre los nacidos aquí y los que no.

–¿Cómo debería afrontar la Generalitat la política religiosa?

No debe haber una política concreta. Lo que afecta a las religiones no se ha de tratar al margen de la política cultural o de la política de inmigración. Cabría hablar de políticas transversales y no reducirlo a la cuestión religiosa.

–En la tradición política que representa ICV, se puede encontrar desde sectores marcados por el anticlericalismo hasta gente formada dentro de la Iglesia. ¿Cómo lo valora?

Históricamente eso ha sido muy importante. Yo he vivido esas dos tradiciones: mi padre era un anarquista profundamente anticlerical y, en cambio, yo me inicié en el mundo del compromiso social en un centro social de Cáritas cuando tenía quince o dieciséis años. O sea, que mi compromiso tiene un origen familiar laico, pero de forma contradictoria se expresa en un ámbito de Iglesia, lo que para mí fue muy positivo. Una parte importantísima de la evolución y compromiso del PSUC es que supo incorporar dirigentes cristianos. El caso más emblemático sería el de Comín, pero hay muchos otros. Recuerdo que, al final de la dictadura, de las doce personas que formábamos el comité local del PSUC de l'Hospitalet, siete u ocho eran cristianas. Eso no suponía ningún problema, al contrario. También mi experiencia personal de la relación y el trabajo con cristianos comprometidos es muy positiva.

–¿Cree que ha cambiado esta participación política de los cristianos?

Lo que pasa es que los cristianos que más aparecen en la política –me refiero al gobierno del PP–, tiene un talante que no ayuda nada. Así como en un determinado momento hubo unos líderes cristianos que eran un referente avanzado, ahora quienes están en el

Gobierno español hacen una interpretación y un uso de la religión que, para mí, es negativa.

También es verdad que el descrédito de la política y la crisis de participación social se palpa por todas partes. Me parece que por dos razones. Primero, porque la política se ha convertido en lo que los políticos hablan entre ellos. Se ha construido un círculo vicioso entre la clase política y los medios de comunicación, mientras que se habla poco de los problemas y aspiraciones de la gente. Si yo presento mi programa de sanidad y al final de la rueda de prensa me preguntan qué pienso de lo último que ha dicho otro político, lo que saldrá publicado es mi respuesta a eso último. Hay, pues, necesidad de que la política catalana aterrice en los intereses de la gente. Si la gente ve que sus problemas no aparecen en los debates políticos, la gente pasa de la política.

Hay otro problema más general: cómo estimular la participación política de la gente. Nosotros promovimos durante más de un año un proceso participativo con el lema "Y tú, ¿qué opinas?", para definir posibles compromisos de gobierno. Fue algo modesto pero importante y muy positivo.

Por otro lado, tenemos la suerte de que nadie se apunte a Iniciativa para hacer carrera política, mientras que en los grandes partidos, a veces, sí que pasa eso.

-Como político, ¿qué cree puede aportar la religión a la sociedad?

Lo valoro como una riqueza. Es bueno que exista el hecho religioso, gente que sea creyente y gente que no. Lo que me espantaría es que todos tuvieran la misma religión. Además, una cosa importante: en la segunda Repú-

blica y durante la guerra uno de los ejes de confrontación social y de rupturas fue la religión; eso ya se ha superado ahora.

-En cuanto al mundo de la enseñanza, hay un problema en cuanto a la clase de religión en las escuelas públicas.

Sí; el problema es tanto por los acuerdos firmados por el PSOE como, posteriormente, por el PP, que aún lo ha agravado más. Pienso que en la escuela se debería enseñar la religión como historia; y los profesores tendrían que ser los mismos profesores de los centros públicos. Habría que acabar con la actual situación de anormalidad e inconstitucionalidad. El Concordato entre el Estado y la Santa Sede se debería cambiar porque vulnera la Constitución, y ya hay personas que trabajan en ello. El problema es que se trata de una competencia del Estado y una cuestión sensible para muchos sectores.

-En todo caso, ¿sería partidario de algún tipo de asignatura de cultura religiosa?

Lo que ha de hacer la escuela pública es explicar la historia de las religiones. Lo que no debería contemplarse es una asignatura confesional, ámbito que no pertenece a la educación pública. Igualmente se ha de reconocer en Catalunya que, desde el punto de vista de la historia, la religión cristiana ocupa un espacio importante, pero lo que no puede ser es lo que está pasando en estos momentos.

-¿Le parecería bien una asignatura de cultura religiosa con un programa asesorado por las distintas confesiones?

Eso estaría muy bien.

–Otro tema es la escuela concertada, que con frecuencia es la escuela religiosa. ¿Usted es de quienes creen que mientras la concertada va bien, la pública va mal?

Creo que hay un déficit: la mejora de la escuela pública. Es algo evidente, sólo hay que ver cómo al cabo de 25 años de autogobierno aún hay aulas en barracones. Es cierto que debe haber escuela concertada, pero hay que ser muy contundentes y rígidos y no aceptar conciertos al margen de la ley. Los conciertos hechos con escuelas de élite son inconcebibles para nosotros. Lo que cabe es que el Gobierno fomente políticas que den oportunidades de educación a todo el mundo. Y sólo después, que concierte con las escuelas privadas que cumplan las condiciones legales. No dudo de que las escuelas cristianas tengan un papel importante en la enseñanza, pero han de quedar claros los derechos y obligaciones que derivan de los conciertos.

–Otro debate es el de las raíces cristianas de Europa: ¿qué piensa?

Estoy en contra de que se mencionen en la Constitución europea. En primer lugar, porque aunque es evidente que Europa tiene raíces cristianas, también tiene otras muchas. Es innecesario. De hecho, la Constitución hace pocas menciones a la historia, ya que es un

tema en el que habría que discutir mucho. Lo que plantea la Constitución europea es una serie de derechos y obligaciones de ahora.

–Como cristianos, una de las preocupaciones principales es la lucha contra la pobreza. ¿Cree que hasta ahora este tema ha sido una prioridad del Gobierno?

En absoluto. En Catalunya es un tema escondido. La gente no sabe que en Catalunya hay 668.000 personas –fundamentalmente mujeres y ancianos– con unos ingresos inferiores al 50 por ciento del salario mínimo y que, por tanto, están en situación de pobreza relativa. La política del anterior Gobierno catalán ha sido residual, dejando el estado de bienestar a cargo de las familias y sobre todo, las mujeres.

–¿Cuál es la propuesta de Iniciativa?

La lucha contra la exclusión social y la pobreza es una cuestión central. Proponemos una renta básica garantizada. Es algo que no exige demasiado dinero... Siempre se dice que no hay recursos, pero a veces se gasta más dinero en propaganda institucional que en salud laboral. Además, los excluidos son un sector que cuenta con pocas voces que lo defiendan. Por ejemplo, del TGV (el tren de alta velocidad) ya habla todo el mundo; de los pobres, no.